ΣΟΦÍΑ

Revista Teosófica

Satyat nâsti pâro dharmah.

NO HAY RELIGIÓN MÁS ELEVADA QUE LA VERDAD

LA FRATERNIDAD

La Sociedad Teosófica tiene por principal misión dar á conocer *al menor número* la existencia del Sendero, la vía, la trocha, el camino de los fuertes que, cortando las espiras de la evolución, sube rectamente á la cumbre de la montaña de la Evolución, hacia el templo luminoso que la corona, y sobre todo, enseñar *á las masas* tres grandes leyes, que son la base de la Evolución y las guías de la humanidad:

La Ley de *Unidad,* que prueba que somos hermanos.

La Ley de *Causalidad,* que nos muestra las leyes físicas, morales, mentales y espirituales, y que nos enseña que cosechamos lo que habemos sembrado.

La Ley de *Evolución,* que nos muestra el mecanismo del progreso y su medio indispensable: las regresiones á la tierra, las reencarnaciones.

Por el momento trato de exponer la Ley de Unidad, asunto dificilísimo en extremo, por lo que pido por parte vuestra la mayor indulgencia, y creo que me excusaréis por mi audacia si os hago entender la importancia inmensa del tema. Efectivamente, el estudio de la Unidad lleva al conocimiento supremo, y su práctica á la suprema perfección.

*
* *

El espíritu anhela una causa primera, es decir, increada, la Unidad original; ha rechazado así siempre la dualidad hasta en los sistemas más elevados. El monismo forma la base de las filosofías más altas: de la Vedanta hinda, por ejemplo, y más especialmente, en su forma más perfecta, la Advaita, que posee en el fondo las especulaciones metafísicas más bellas; de los Upanishads, que son y serán siempre la admiración de las mejores inteligencias y que son la roca de donde ha hecho su fundamento el materialismo trascendente—el materialismo de Haeckel y de los que siguen sus huellas.

Parecerá sorprendente ver al materialismo reclamar la Unidad; pero la sorpresa cesa así que se reflexiona un poco—si ésto puede decirse sin agraviar á nadie—en que ha ejercido el monopolio del racionalismo. Él busca, razona, discute, resiste, combate palmo á palmo, no cede sino cuando la razón le ha convencido; y, como sabéis perfectamente, los mejores adeptos de la Sociedad Teosófica, los más celosos, los más convencidos y los más fieles han sido con frecuencia antiguos materialistas.

El espiritualista tiene otras cualidades—admirables también—; pero su característica no es razonar, sino creer; es un hombre de fe, pero su fe es una cosa vaga, aunque fuerte; nebular, aunque invencible.

Encuéntrase, por lo tanto, una gran dificultad en convencer al hombre actual, ignorante, egoísta, de la realidad de la Unidad. Este hombre se siente tan apresado por la materia, tan ligado á ella, que se siente nacer y morir con ella; le separa tan por completo de los séres que le rodean, que en esas condiciones le es difícil en la práctica resistir á esa prueba aparente de separación; así, espiritualistas y materialistas de ordinario son igualmente egoístas, y mientras el hombre no sienta vibrar en sí mismo la vida de otros, mientras la vida divina común no haga palpitar á su corazón al unísono del corazón de la humanidad, le será muy difícil creer con sinceridad que es realmente con otros.

No obstante, con el monismo están muchas probabilidades; las mejores inteligencias han creído en él y le han defendido, la fría razón lo exige; un sentimiento obscuro, pero profundo, más ó menos universal de unidad, de abnegación en las mayores desgracias, surge á la superficie de los más humildes con fre-

cuencia y une á todos los séres: el sentimiento de ***humanidad*** que resplandece en el amor y en el sacrificio.

Desde luego no puede permanecerse en la duda en un problema tan capital. El error es siempre una poderosa causa del mal, únicamente la Verdad crea la paz. Si la Unidad fuese un error habría de violentar nuestra naturaleza interior; pero si es la verdad no ha de dejarse de hacer ningún esfuerzo para alcanzarla.

Tratemos, pues, de afrontar este gran problema, de penetrarlo, de adquirir la fe por la luz y de capacitarnos para cumplir nuestro deber.

Pues bien, sí. Todos los que han sondeado esta sima misteriosa con suficiente atención afirman que nosotros somos uno. Una misma vida nos anima, y si difieren nuestras formas, si nuestras cualidades están obscurecidas ó son menos brillantes, nosotros nos sentimos como humanos, de la misma naturaleza. Tomemos un ejemplo. Las lámparas eléctricas pueden variar por su forma, su brillo puede ser más ó menos intenso, pero su vida es una como el flúido que circula por ellas. Del mismo modo el brillo de las cualidades humanas depende de la perfección de los centros que la producen. Esas cualidades son diferentes porque los centros, los instrumentos que las producen, no son los mismos. Así, aquello que produce la mentalidad no está constituído por átomos semejantes á los que manifiestan la voluntad ó el amor. Pero la vida que anima á esos centros es una sola, es la ***vida divina*** del Infinito, nuestro Padre común. ¿Y si nosotros somos sus hijos, no habremos de ser hermanos?

¿Qué es la Unidad?

El Infinito, lo perfecto, la causa primera, incausada, suprema, la causa de todo, de la fuerza, de la materia, de las cualidades, de las leyes del mundo, de la evolución. Infinitamente grande é infinitamente pequeña á la vez, capaz de abarcar al Universo como de reposar sobre el pequeño de los átomos; el Infinito, lo perfecto, no es manifestado, es latente, unitario. Es aquello que en el centro de nuestro sér nos da la idea *innata* de Unidad, idea que nada del mundo podría dar nacimiento, porque nada del mundo es *uno,* todo es compuesto.

He ahí lo que es lo uno.

¿Cómo llega á ser múltiple?

Al manifestarse, es decir, al hacerse objetivo.

En el primer paso de ese proceso manifiesta la *fuerza materia*, la separa en átomos, forma con ellos los cuerpos, creando en estos últimos los centros de cualidades que, como vamos á ver, producen los *egos*. El Infinito juega en los centros de los cuerpos el papel del flúido eléctrico en las lámparas; el flúido produce la luz, el Infinito ilumina nuestros centros mentales y hace nacer en ellos los *egos*. Así es como lo uno se hace lo múltiple, los *yos* ilusorios sobre los que vamos á volver, porque su comprensión es indispensable para que tengamos la prueba de nuestra fraternidad.

El Infinito se manifiesta como he dicho.

¿Por qué mecanismo? Lo ignoro.

Él es latente, omnipresente, y omnipotente, es la raíz de todas las fuerzas del mundo, y posee todos los poderes, incluso el de manifestar sus potencialidades. Semejante poder es su *fiat, el quiere y puede lo que quiere*.

Cuando quiere crear, quiere manifestarse, y el mundo objetivo está presente, de la misma manera que por un artificio especial el sabio crea condiciones que dan origen á una fuerza, fuerza que parece surgir de la nada y que se ofrece como salida de un óvulo invisible, misterioso, como el flúido eléctrico. Omnipotente, pero latente, imperceptible, aparece bajo el roce ó bajo la acción química y se muestra doble, con un polo positivo y otro negativo, es una dualidad. Tratemos de reducir esa dualidad á la unidad polar; el flúido se desvanece, pasa al estado latente y vuelve al cero, que es la imagen del huevo de donde surgen todas las fuerzas. Esa dualidad es, desde luego, la condición *sine qua non* de toda manifestación. Diríase que el Infinito para manifestarse se separa en dos y que apoya una sobre otra esas dos porciones para hacerlas objetivas. En todas partes, efectivamente, en la naturaleza la manifestación se debe á los «pares opuestos». Tratad, por ejemplo, de producir una fuerza en el vacío; no llegaréis á ello; por lo contrario, cuanto más tengáis el apoyo de una *resistencia* enérgica, más podréis, merced á esa resistencia, producir una fuerza considerable. Tratad de crear un cuadro con un solo color; no produciréis sino una superficie coloreada. Para hacer un cuadro es menester sombra y luz, así únicamente nace el relieve, la forma, la perspectiva, el cuadro en una palabra.

La primer manifestación del Infinito produce el primer «par»

de fuerzas: la *fuerza-materia*. Digo par de *fuerzas* porque la materia no es sino la fuerza, es como el polo negativo de la fuerza. Esta fuerza-materia primordial—esta *materia,* para hablar más brevemente—, es el huevo bíblico incubado por el Espíritu Santo sobre las aguas cósmicas, es también el *huevo de oro* de Brahma de las cosmogonías orientales. La materia primordial es tan sutil, tan sublime, tan sensitiva, que responde maravillosamente á la vida del Infinito, el que, gracias al apoyo que la materia suministra á sus facultades—latentes primero y manifestadas después—llega á ser un *Yo,* un Sér (1). Esta materia primordial es el centro de manifestación de todas las facultades posibles, el instrumento perfecto del *Yo* cósmico, de la energía suprema que se hace luego *las fuerzas múltiples*. En el Universo de materia primordial, que es el cuerpo de Dios, se manifiestan las tres cualidades fundamentales del Sér—las cualidades que toda criatura adquirirá y poseerá en grado sumo al término de su evolución: la vida ó fuerza, la inteligencia y el amor—. No hay sér, en efecto, que no posea la vida, la inteligencia y el amor en un grado cualquiera, por pequeño que sea. Esa es la *Trinidad,* arriba como abajo, en el Dios del mundo como en el ego de un cuerpo rudimentario. Así es como las escrituras hebráicas dicen que Dios creó al hombre *á su imagen;* el hombre, efectivamente, porque posee esa trinidad divina, es una imagen de Dios.

¿Cómo nace el *Yo?*

El centro de la inteligencia—el mental—al percibir la materia y las cualidades de su cuerpo, se distingue de ellas y concibe el *yo,* cosa abstracta, producto de la perfección del no-yo (la materia) por la inteligencia. El cuerpo de Dios manifestado es el Universo; en el Universo nacen todas las cualidades, y entre ellas la cualidad capital: el *yo*. El *Yo supremo*—el *yo* del Infinito—se manifiesta no sólo en el centro mental del Universo, donde constituye el Logos, sino también en cada uno de los centros mentales de los cuerpos, cuyo conjunto constituye el Universo en cada uno de los séres, desde el más grande (el Logos) al más imper-

---

(1) Desde que el Infinito *limita* su vibración (de frecuencia infinita), el Universo, ó mejor la materia, aparece y se crea un opuesto que permite á la conciencia absoluta del Infinito llegar á ser la conciencia limitada, la del Logos, el *yo* cósmico—el yo exige la percepción de una diferencia de lo que se concibe como el no-yo.

fecto. A semejanza del sol, el *yo único,* el Logos se refleja en cada espejo mental presente en el mundo.

La creación no se detiene en esa manifestación. El *yo* personal del Universo (el Logos) obra también por la inteligencia y la fuerza (poderes *manifestados* en ese momento, aunque latentes en él, en tanto que permanece Infinito lo no manifestado). Separa, desde luego, la materia primordial en átomos—tipos productores de cualidades, es decir, productores de las facultades—de sentir, pensar y obrar. Con esos átomos edifica los cuerpos (las formas), y en cada cuerpo coloca los centros atómicos de cualidades: la vida (fuerza), la inteligencia y el amor.

En cada uno de esos cuerpos el Infinito manifiesta, pues, un *yo,* gracias al centro mental, instrumento de percepción, es decir, de separación. Y así es como desde el *Yo* supremo (el Logos) al más ínfimo de los séres, se escalona el inmenso número de *yos,* yos tanto más imperfectos cuanto los cuerpos de los séres á que pertenecen son imperfectos.

La antigüedad, que gustaba de exponer las verdades superiores bajo la forma de símbolos, de mitos, llamaba á esa multiplicación del Uno la *mutilación de Osiris* (ó la de Baco). Los cristianos hablan del «*cordero* inmolado antes de la fundación del mundo» (Apocalipsis XIII, 8); los hindos del *caballo* sacrificado (Vedas). Baco personifica el Logos, y en el mito que voy á esbozar los dados simbolizan los diversos tipos de átomos.

Baco niño (es decir, el dios manifestado al comienzo de la evolución) jugaba á los dados, cuenta la fábula. El titán (la fuerza separadora que siempre ha simbolizado el mal) le sorprendió y le hizo pedazos el cuerpo. Pasado algún tiempo, bastante tiempo, los miembros mutilados se juntaron por sí y el cuerpo divino se reconstituyó.

Así es como el cuerpo divino (la materia primordial) se mutila y sirve para formar millones de cuerpos (fragmentos) que sirven de instrumentos para los séres.

A medida que la materia se fragmenta se dannifica y nacen los subestados de la misma; al propio tiempo su sensibilidad disminuye y se hace progresivamente más rígida, no respondiendo tan bien á la vida que la anima, y las cualidades que manifiesta se hacen menos perfectas. Tal es la *limitación* divina, el *sacrificio* del Infinito sometiéndose voluntariamente á esa limitación para crear los séres y conducirles á la perfección supre-

ma. *Mutilación* del cuerpo y *limitación* de las cualidades son los aspectos de una misma idea: sacrificio.

*
* *

Veamos ahora cómo los yos múltiples se hacen *uno,* lo que la antigüedad simbolizaba por la *resurrección* de Osiris el día de Pascua.

El proceso de multiplicación es fácil de comprender; el de la unificación es mucho más abstracto. Tratemos, con todo, de exponerlo, porque es el complemento de la enseñanza sobre la Unidad.

Por la evolución, los diversos estados de la materia se disocian, la materia (física, astral, mental, espiritual y divina) desaparece, y al mismo tiempo se denvanecen los cuerpos que ella forma, es decir, los cuerpos físico, astral, mental, espiritual y divino. Con su desaparición progresiva las vibraciones que suministran á los yos cesan, y la conciencia de tales yos no estando alimentados progresivamente *se transfiere en los cuerpos más sutiles,* donde vive la vida de los mundos correspondientes. A medida que ellos tienen por instrumentos de percepción los cuerpos más sutiles, la esfera de su percepción se agranda, y cuando están centrados en el cuerpo divino (el cuerpo átmico de la Teosofía) se hacen capaces de abarcar la conciencia de todos los yos comprendidos en el Universo; cada uno de ellos viene á ser como un Logos.

Así, pues, lo que la evolución produce normalmente con lentitud, los séres pueden alcanzarlo con rapidez por el esfuerzo. Antes de exponer ese proceso que podemos llamar anormal, artificial, añadiremos algunas palabras sobre el desenvolvimiento de los *yos*, que tan importante es comprenderlo perfectamente.

La esfera de percepción de un yo está determinada por la de los sentidos por los que percibe.

Los sentidos físicos son limitadísimos; están, además, separados los unos de los otros y no pueden suplirse recíprocamente.

Los sentidos astrales tienen un poder perceptivo más extenso, su alcance se extiende más lejos; están, además, extendidos por toda la extensión (superficial y profunda) del cuerpo astral, lo que explica una de las particularidades de la percepción astral; la posibilidad de ver, tocar, oir, sentir, etc., por un punto cual-

quiera del cuerpo astral. La materia que contienen los cuerpos astrales está *dotada de facultades de transmisión vibratoria muchísimo más perfecta* que la del éter que constituye los cuerpos físicos, y acompaña á cada sér con vibraciones sensoriales y con la percepción de los otros; *tal es el comienzo de la percepción en cada sér de la vida común á todos.*

Los sentidos mentales se reunen en un sólo sentido sintético; poseen una esfera de percepción más vasta que los sentidos astrales, é incluyen un número de séres mucho mayor que estos últimos. Perciben casi á toda distancia *en el planeta;* los átomos del medio que les une tienen un *poder transmisión vibratoria más perfecto* que los del medio astral, y las *sensaciones de los séres se hacen más comunes;* tales séres viven una vida cada vez más una.

En el cuerpo espiritual *(búddhico)* la esfera de percepción sensorial alcanza los límites de una cadena planetaria entera, y el medio que une los cuerpos espirituales posee una tal sutilidad que *transmite á los centros de todo cuerpo espiritual (búddhico) las sensaciones individuales de los séres en su perfección.*

En el cuerpo divino *(átmico)* la esfera de percepción abarca todas las formas del sistema solar, y en todo este sistema, *la vida de los séres es una* para los que tienen conciencia en el cuerpo átmico.

Finalmente, en el cuerpo más elevado (Adi) la esfera de percepción alcanza los límites del mismo universo, y en esta esfera los séres cuyos cuerpos están juntos gozan de una perfecta unidad de vida. Cada yo llega á ser el «perceptor» perfecto de la conciencia de todos los yos del universo y se hace un Logos; la evolución para él ha concluído.

Ahora bien; ese proceso que la evolución cumple lentamente, los hombres resueltos que toman el «camino de atajo», el *sendero* de que hemos hablado antes, le pueden efectuar más pronto por el esfuerzo que construyen rápidamente los cuerpos superiores y que opera la transposición voluntaria del yo de un cuerpo inferior á un cuerpo superior; eso constituye la guía dificultosa del discípulo bajo la dirección de su maestro, de lo que no-hemos de ocuparnos ahora.

He ahí cómo el *yo* más rudimentario se hace mayor, añadiendo sin cesar nuevos conocimientos á los que ya posee, extendiendo más su esfera de percepción, abarcando la conciencia de

un número de yos mucho más grande, experimentando sus luchas y esperanzas *hasta que llega á ser consciente de la vida total de todos los séres, sintiéndolos vivir en sí mismo con una vida que es la suya.*

Entonces, ó más bien mucho antes de ese momento, siente que la vida es una y que los yos son hermanos en desenvolmiento. La duda no es posible.

*
* *

Antes de seguir detengámonos un momento.

Si somos uno somos solidarios. Ser solidario es vivir una misma vida, es estar ligado á todos; afectarse por toda vibración que mueve las partes de todo, es impresionarse por todos los efluvios del bien y del mal que atraviesan el mundo. En un todo uno, solidario el sufrimiento y el gozo de cada uno, es el gozo y el sufrimiento de todos. Crear conscientemente una vibración discordante es un crimen de lesa humanidad, y crear relaciones armónicas es un deber estricto, porque toda falta contra la ley—ley física, moral, mental, espiritual y divina—trastorna el universo entero, y toda colaboración con la ley es una ayuda para todos. El primer deber es, pues, el cumplimiento de la ley. Ese deber tiene una finalidad constante—la perfección general—y la obtiene por un medio constante: la ayuda, el sacrificio de todos por todos, el sacrificio á la ley, al bien general; el sacrificio del individuo al todo para que todos sean dichosos.

*
* *

Ahora voy á tratar de indicar los principales medios de adquirir la prueba de las concepciones expuestas, la prueba de que somos uno, y de que la unidad nos hace *hermanos.*

La prueba perfecta es comprender y *sentir, llegar á ser* un dios, ó más bien un *instrumento* divino—porque los cuerpos no son sino los instrumentos del Dios supremo, del infinito—, instrumentos que, cuando son suficientemente perfectos, manifiestan las cualidades del Logos, es decir, una inteligencia divina, un amor divino, una potencia divina.

Comprender es convertirse en la cosa comprendida, es sentirla, es vibrar con ella al unísono; y vibrar así es haber desenvuelto los centros de cualidades (instrumentos) perfectas.

He aquí los medios. Los hay generales y especiales. Los generales son: la *pureza* y la *práctica* de la unidad. La *pureza* debe ser física, moral y mental, es decir, debe abarcar *todos* nuestros cuerpos. Afina así los materiales de los centros y los sensitiviza, es decir, los hace más vibrantes y capaces de un perfecto sincronismo.

La *práctica,* creados los engranajes del mecanismo productor de cualidades (del instrumento), los pulimenta, mejora y facilita el funcionamiento del aparato.

He ahí las grandes líneas de la práctica de la unidad: tener sin cesar presente ante el espíritu la idea de que todo hombre es un hijo del infinito, *un dios en evolución,* un hermano, mayor ó menor.

Se le debe *ayudar* con el pensamiento cargado de luz, de amor y de fuerza, porque ¿quién no tiene necesidad de esa triple ayuda para juzgar bien, fortalecerse y preservarse de la revuelta? Acordémonos de que *nada es nuestro,* de que todo cuanto poseemos es un don de Dios, un préstamo que debemos compartir con nuestros hermanos menos provistos. Fuerza de amor, luz de la inteligencia, los bienes terrenales, la misma vida física, nada de esto es nuestro, sólo lo demás á los demás; pero con la única restricción de darlas con discernimiento. Si el discernimiento, el mejor auxilio, puede convertirse en una maldición, las locuras del corazón no son mejores que las de la cabeza.

No olvidemos que nosotros no tenemos sino deberes y ningún derecho. No pidamos, no deseemos nada, esperemos todo de Dios, sabio supremo que conoce mejor que nosotros nuestras propias necesidades.

Ayudemos siempre; desde luego á los que ha puesto el destino alrededor nuestro para facilitar nuestra tarea de beneficencia, ya que los ha puesto en nuestro camino. Es inútil, salvo raras excepciones, consumir nuestras fuerzas en esfuerzos lejanos consagrados á la esterilidad; Dios es ecónomo en sus prodigalidades. Pero no dudemos ni soñemos con los obstáculos que se nos puedan presentar. El vigilante supremo proveerá; todo *ayuda al que ayuda á otro.*

Ayudemos; los beneficios son las semillas de cualidades divinas: la gratitud y el afecto.

Ayudemos también ofreciendo á nuestro alrededor el *ejemplo* de las virtudes: tolerancia, simpatía, humildad.

Tengamos *fe* en la Providencia, porque nada malo ni injusto puede acaecernos. Tengamos calma, acojamos la prueba con reconocimiento; ella es nuestro mejor instructor. Busquemos en los acontecimientos la vía que Dios nos muestra. Esperemos las ocasiones que Dios nos depara, las puertas que nos abre. Sepamos esperar su hora.

Demos el ejemplo de la divina simpatía; nada de reproches, de crítica, de antipatía. Veamos en los demás un Dios cuya evolución borrará los defectos haciendo resplandecer las cualidades; un niño divino que llegará á ser un sabio, un dios.

Tengamos para las faltas, para las caídas, una paciencia insaciable; corrijamos por la dulzura, por el afecto, y guardémonos de utilizar el látigo del dolor; dejémosle en las manos del Logos, que únicamente conoce la medida de su empleo.

Seamos humildes; ofrezcamos á los demás los papeles más brillantes, reservándonos los menores; inclinémonos ante el dios en evolución que hay en todo hombre, y pongámosle en el mejor puesto.

Regocijémonos con la dicha ajena y condolámonos de su desgracia.

Ahora pasaré á ocuparme de los *medios especiales*. Tales medios son necesarios á los que quieren seguir un «camino más corto», el sendero doloroso. Semejante senda exige la dirección de un guía experimentado, y ese guía se presenta sin que deba llamársele *cuando el discípulo está presto*.

La obra que ha de realizarse aquí es el perfeccionamiento rápido de los centros, en los que el infinito se manifiesta en los séres: los centros de inteligencia, de amor y de poder. El *mental* debe llegar á ser un instrumento perfecto de conocimiento, un resonador adaptable á todas las ideas, y también un instrumento que pueda ponerse en perfecto reposo, para que, á semejanza de un lago tranquilo, pueda reflejar las plantas que crecen en sus orillas ó las nubes que cruzan por el cielo. Es menester encauzarle para que refleje la verdad; tal es el mental que el mito de Proteo representa; Proteo no decía la verdad sino hallándose encadenado. Efectivamente, ¿cómo en agua agitada puede reflejar fielmente los objetos? He ahí por qué el discípulo se ejerce ardientemente en la *comprobación del mental,* y al mismo tiempo perfecciona el mecanismo de ese instrumento. Cuando esa doble obra se halla avanzada puede empe-

zar á servirse de ese precioso auxiliar y aplicarle á una idea cualquiera, especialmente á una gran idea, una de las que el Logos ó los grandes séres depositan en la atmósfera mental para que permanezcan en ella como soles bienhechores. El discípulo se ejercita en vibrar al unísono perfecto con esas ideas, sintiéndolas en él, haciéndolas suyas, para hacerlas vibrar luego en un medio más denso que en el que fueron colocados en un principio (1), lo que acaece por la *concentración.*

Cuando son demasiado sutiles para percibirse por su mental aún imperfecto, llama al guía y le ruega le hable más alto al oído. En tales casos pone el mental en reposo, en un perfecto vacío, y en la materia mental tan sensitiva la vibración se imprime después de hacerse más enérgica.

El desenvolvimiento del *centro de amor* se obtiene por la adquisición de las virtudes y de su raíz común: el amor.

«Uno llega á ser aquello que piensa», ha dicho un gran instructor hindo, Patanjali, y lo han repetido otros. Tal es el principio. Y fácil es ver la prueba de ello pensando mucho tiempo en el bien, en lo bello, en lo verdadero ó en el mal, en lo feo y en lo falso. La *meditación* sobre una virtud permite adquirirla más ó menos rápidamente; es una cuestión de tiempo ó de fuerza.

Puede también uno *contemplar* esa virtud, ya como un principio abstracto, presente en el infinito, imaginado en el centro del sér, como lo aconseja Molinos en su *Guía espiritual,* ó ya como manifestado en el Logos ó en uno de esos séres que son como sus mensajeros y que se nos presentan sobre la tierra como «Hijos de Dios»: Krishna, Buddha, los Zoroastros, Cristo. Así es como la formación por el pensamiento y la imaginación de una imagen—por imperfecta que sea—de uno de esos séres puede ser útil. Semejante imagen de substancia mental dirige el pensamiento sobre ese sér y atrae su atención. Él envía en esa forma un rayo de su alma para animarla, haciéndola vibrante á la virtud que desea adquirir; la imagen vibra al unísono del cuerpo mental del discípulo, que también desenvuelve lentamente la cualidad deseada. Tal es la verdad oculta en el *culto á las imágenes.* Y como el Logos ó uno de esos grandes séres poseen todas las virtudes en su perfección, como las sinteti-

(1) Las transmite también en el mundo entre los hombres.

zan en su inmenso amor, basta al discípulo contemplar esa imagen mental, esa forma vibrante, y amarla, es decir, procurar el sincronismo para llenarse poco á poco de esa fuerza sublime, la más grande de todas: el amor, fuente de todas las virtudes.

El desenvolvimiento del centro de fuerza añade su apoyo á la *Potencia* que los dos centros precedentes producen por sí mismos.

La potencia debida al centro mental es la del conocimiento: *saber es poder*. La del amor es inmensa; es el amor lo que irradia en ciertos mártires que saciaron la sed de sangre de las fieras; un instructor queridísimo me refería que en la India, un yogui de sus amigos entró un día en *Samadhi* en el bosque. Cuando volvió en sí, un tigre que se arrastraba allí cerca como si fuera un gato le lamía sus desnudos pies. El amor había subyugado á la fiera.

La vibración vital de un santo está de tal modo acorde con la ley, que aparta las vibraciones malsanas, discordantes é inarmónicas con la ley: cura. Yo no hablaré ahora de otros poderes poseídos por el hombre en vías de divinización; los que han tenido la suerte de vivir con ciertos discípulos han recibido ejemplos de la luz, del amor y de la fuerza tranquila, equilibrada, que irradia de esos instrumentos de tan alta perfección.

Tal es la prueba absoluta, inquebrantable, de la presencia de Dios en el hombre. El que la posee sabe que Dios causa su poder, su luz y su amor. Todos los místicos taumaturgos lo han proclamado con una gran sinceridad: *Es Dios quien obra en mí*.

Sin que espere alcanzar en seguida esas alturas, os conjuro para que penséis en la unidad durante algunos minutos cada mañana, para que la viváis durante el día, para que veáis por la noche en que habéis faltado á sus preceptos, y poco á poco os sentiréis mejores; sentiréis á Dios manifestarse en vosotros. Entonces comprenderéis la afirmación que he hecho al comenzar esta conferencia, y que habrá podido pareceros acaso exagerada: *El estudio de la unidad lleva al conocimiento supremo, y su práctica á la suprema perfección.*

Dr. Th. PASCAL

VERMES, ASTER, ARBOR

Más de una vez, en mis ensueños científicos, he pretendido dos aparentes imposibles: el de ver el árbol como animal, ó ver el animal como árbol, ya que son entrambos séres vivos. Cuantas veces lo intentara, otras tantas se me han impuesto en contrario tradicionales prejuicios, pues que no en vano le son siempre más asequibles á la ciencia que empieza los dualismos que los unitarismos.

Hasta aquí se nos viene enseñando que la característica del animal era el sentir y ejecutar movimientos voluntarios, facultad de que la planta carecía. El es, en efecto, el último baluarte defensivo de aquel clásico dualismo, pues otra porción de caracteres diferenciadores han tenido que ser borrados tan pronto como escritos. Creyóse antaño que uno de éstos, por ejemplo, sería la manera de respirar, en apariencia tan distinta en uno y otro reino; pero no tardó en saberse que si las plantas respiran fijando en sus hojas el carbono quemado en forma de anhídrido carbónico por la respiración animal, con la que de este modo mantenía una solidaridad providencial y recíproca, tal solidaridad y contraposición de caracteres perdía gran parte de su importancia al comprobarse que, salvo la hoja verde, todos los demás elementos vegetales, en especial los involucros florales, los frutos, las raíces y toda parte distintamente colorada hacen, como el animal, un gran consumo de oxígeno, de igual manera que la planta toda durante la obscuridad de la noche cuando no recibe los reductores rayos del sol. Tampoco la misma motilidad fué carácter lo bastante puro, desde el momento que existen vegetales cual la mimosa púdica, el atrapamoscas y algún otro, verdaderos animales cazadores y *digeridores* de insectos ó sensibles á todo efluvio vital, y aun diríase que dotados de vista, ó, por lo menos, de un tacto relativamente exquisito.

El falso escolasticismo, que también en historia natural im-

pera, apela para conservar aquel muy cómodo carácter diferenciador de la *motilidad* al poco científico adjetivo de *voluntaria,* para calificar de tales los movimientos animales, y de *involuntarios* ó meros productos de la irritabilidad de los tejidos los movimientos de algunas plantas. ¡Donoso aserto y donoso adjetivo en tiempos de un Moleschott y un Büchner, que hacen equivocadamente al pensamiento humano una sensación y de la sensación una mera irritabilidad del tejido nervioso, al par que Schopenhaüer y otros que no son él sustituyen con asertos, muy sabios sin duda, la libertad, que es voluntariedad, con el determinismo!

Tengo delante un hermosísimo ejemplar microscópico—tamaño tres milímetros—de *leptora linalina, leptora mefistofélica* que yo la llamaría. Es un animáculo del orden de los *braquiópodos,* tipo de los *crustáceos.* Es todo un señor árbol. Un tronco que en lugar de tener varios nudos ó grandes mamelones, como el olivo, la vid ó la encina, ha conseguido refundir estas nudosidades en dos muy características. La inferior—vientre—es redondeada, y con tres núcleos que acaso sean ojos, ó acaso pudieran llamarse el futuro estómago, el hígado y el bazo futuros; y la superior, amplia pirámide tetraédica, de vértices mamelonares y redondeados, un pecho perfectamente definido. Presenta asimismo una cabeza cual una yema floral; unos brazos cual los multiformes de ciertas esculturas buddhistas del Bramâ de los diez brazos del Museo Guimet, acaso concordada con séres como éste en altísimos simbolismos evolutivos; brazos—no es mera fantasía—,dos de los cuales se parecen á los del *homo* ó el *simio,* con sus apófisis de inserción, su húmero, radio y cúbito, su carpo y metacarpo..... sus dedos, en fin, erizados de barbillas. Detrás de su fantástico omoplato brotan otras series de barbillas ó apéndices bellamente ramificados, extraño conato de ala y de plumaje. Un vástago insertador salido del vientre y acanalado da completo remedo de un pasado tronco ó de unas piernas futuras. He aquí para el artista—todo artista es evidente—un buen ejemplar de animal-planta.

Al lado hallo un *balanido*—otro crustáceo—. Salvad la grosería; pero es una distinguida cebolleta, muy ínfima, con bulvo nuclear, disco y raíces, cual si ellas buscasen placenta en las vírgenes carnes de la madre tierra, y un balano ó tallo anillado que completa el símil. He aquí otro animal-planta. Sigamos.

Los crustáceos se hallan demasiado cerca de los animales superiores para acentuar lo bastante las secretas analogías con el mundo vegetal. Donde éstas son notorias y avasalladoras es en los tipos inferiores, hasta el punto de que insignes naturalistas han pensado en traerlos á la taxonomía por bajo de los anélidos, en forma de un gran reino intermedio, ni animal, ni vegetal solamente, sino neutro y acaso precursor de entrambos.

Entre los *celanterados* hallamos á los deliciosos *astéridos,* á los *ophimus viresceus,* ó vibrantes estrellas. Flores ambulantes en el seno de tranquilas aguas, con cinco ó seis pétalos redondeados de rosa y otros cinco ó seis brazos centrales, largos, anillados, regulares y finísimos, al modo de los estambres, que rebordan por los pétalos las hermosuras de sus exuberancias. Tropezamos también con el *pentacrinus caput medusae* y el *rhizocrinus loffotensis,* que ciego ha de estar ó ser muy topo el que no vea en ellos dos magníficos tallos de flores con sus ramajes, hojuelas y brácteas, sus apéndices radiculares desarraigados, su suavísimo tallo, flexible cual el de una bayadera indostánica, bajo las corrientes y balanceos del seno marítimo, auras del agua por decirlo así..... Son éstas increíbles, casi soñadas bellezas, que hacen exclamar al naturalista Breenh al referirse á ellas: «¡Oh, campanas vacilantes, guarnecidas de franjas y guirnaldas! ¡Oh, tiernas formaciones cristalinas de dulces y delicados colores violetas, amarillentos y rojizos, verdaderas y punzantes sirenas del color, que por secreción venosa aturdís como el atrapamoscas á vuestras víctimas.....!» Si pudiéramos ver el fondo de los mares coralíferos hallaríamos cómo rivalizan en hermosura con nuestros pensiles más bellos; y hablando de pólipos y sus políperos, flores ya brillantes y suaves, ya metálicas, el mismo autor añade que «hasta á quien vió las estepas asiáticas de los quirguises le harían recordar los tulipanes sin cuento de sus amplias llanuras que, extendiéndose á distancias inmensas, forman antítesis mágicas con nuestros queridos jardines». Tan empapados se hallan del simbolismo augusto del color que, cual nuevos Proteos, los colores pardo-blancuzcos que en un principio presentan, tórnanse como por encanto en los infinitos matices de la gama de iris.

De infusorios y sus congéneres fosforentes no hablemos. Más de un escritor admirable ha descripto con pluma arrebatadora las pálidas fosforescencias de medusas y foraminíferos. Si que-

réis abarcar toda la sublimidad de su extraño conjunto, imaginaos la región más pintoresca y más florida; suponed que por artes de encantamiento, árboles, rocas y plantas resultan envueltos por el mar, y cual sombras desaparecidos, dejando tan sólo flotantes en el seno de las aguas sus flores todas, pero reducidas á lúcidos tamaños microscópicos. Así remedaréis el cuadro de los innumerables infusorios que transforman las luces diurnas del Sol en nocturnas y misteriosas fosforescencias del abismo marítimo, flotando, bogando en él con análoga pasividad á la del tamo, llevado de un lado á otro por los vientos.

Los *stentores* y *vorticelas* son cual verdaderas corolas gamopétalas, ó de una sola pieza, corolas en las que se dibujan, á guisa de insecto en ellas parásitos ó depósitos de polen, un embudito superior, que es al par boca, estómago é intestino, empapado en una pobre tintura de densidad un nada mayor que la del agua pura, de la que apenas difiere en matiz químico, á pesar de ser una verdadera mezcla de agua, sangre, corpúsculos disueltos y linfa, que entra y sale sin circulación y sólo impulsada—modesto modo en verdad de nutrirse—por los remolinos insignificantes que determina la vibrátil erección vital de sus pelitos ó estomas bucales, y por ese entrar y salir, siempre incomprensible, propio de los salvadores fenómenos de ósmosis, por los que la madre naturaleza sustituye benévola en los organismos incipientes: feto, nube, zoófito, bulvo, germen, las deficiencias de los nacientes sistemas circulatorios de sus hijos.

Los *equinodermos* son—no os riáis del símil—verdaderos y libertados frutos. El *strongy locentrotus* presenta en la primera edad el desarrollo coroliforme de la vorticela, ya que en la senda evolutiva antes fuera infusorio que semimolusca. Un mundículo esferoidal con arborescencias, florescencias, gránulos, espinas y trompas oscilantes que luego involúan en un magnífico eptágono de tupido y tropical ramaje recompuesto.

Hay un *celanterado, acalefo:* el *cyclippe pilens,* que cada vez que lo veo me extasía. Por él sería capaz de quemar cuantas lógicas han escrito los humanos, para echarme confiado en los divinos brazos de la analogía, aun de la analogía ignorante de los paralogismos. Su forma es la de un melón ó una naranja, cual la forma de la Tierra, y de igual modo que es llevada ésta, rondando por el piélago etéreo en alas centrífugo-centrípetas, así es llevado el termísimo *cyclippe* por los ámbitos acuáticos con

sus dos astronómicos movimientos de rotación y traslación, torpe y vacilantemente coordinados. La boca y el embudo impulsor del agua-sangre-linfa marcan matemáticamente sus dos polos, esos mismos polos que no nos enseña aún la Tierra. Una cavidad central, á guisa de estómago *en conato,* equivale en aquél á las grandes regiones subterráneas, donde se dice arde constantemente el fuego interior de nuestro planeta. De polo á polo corren, con simetría que es prodigio, unos nerviecitos meridianos, unas celulillas con apéndices urticarios reveladores de una sensibilidad ultraexquisita. Que un *homunculus* se dé trazas á colocar en ellos una minúscula brújula de declinación y verá cómo la corriente nervioso-magnética de tales meridianos la orienta hacia los polos del mundículo. Para más completa homología brotan de hacia la región ecuatorial dos brazos simbólicos que se difunden á larga distancia del ecuador y polos en espirales, voluptas y zarcillos recompuestos, con igual vaguedad á los de los flúidos que la Tierra esparce en el espacio en forma de electricidad—electricidad sabéis ya que es materia—por la zona ecuatorial, en bandas que de lejos recuerdan las típicas bandas de Júpiter, y por las zonas polares en la rauda corriente de sus auroras magnéticas.

Mundo admirable, aunque pequeño; mundo intermediario entre el sol-tierra y el sol-átomo; mundo con vida y acaso portador también de vida, ¿cuál es tu misterio incomprensible? ¿Estás tú muerto y eres inerte masa, cual dicen que es la tierra nuestra, tu homóloga, tu hermana en el reino arquetipo, ó ella, el planeta, es como tú un sér vivo, un cuerpo organizado de los cielos, sér, en fin, integrador de la celeste zoología, cuajado de hombres, de animales, de vegetales y de cristalográficos parásitos, á los que lleva rauda por las regiones del éter infinito? Y tú, mónada; tú, virtualidad, ánima, espíritu, ó lo que seas, informador vital del ínfimo animáculo, ¿habremos de compararte á un espíritu director, á uno de esos *cosmocratores* que á nuestro globo rigen?

. . . .

. . . .

En todos los citados órdenes de animales inferiores tan poco comprendidos, y en otros semejantes, las analogías transformistas, ó digámoslo mejor, armonistas, adquieren á veces gran relieve.

La branquia—pulmón rudimentario que, gracias á su menos fina contextura, tiene que estar empapado en agua para permitir el acceso del oxígeno al glóbulo sanguíneo—es en *sí una* hoja vegetal muy perfeccionada, cosa que ciertos detalles anatómicos impropios de aquí cumplidamente os lo demostraría. La ausencia en ella de la clorófila vegetal, sustituída por varias suertes de oxihemoglobina, invierte no más que la clase de sustancia nutricia encargada de operar la fijación, y es en aquélla el carbono, merced á la acción de la luz, y en ésta el oxígeno. La tráquea es meramente un conducto respiratorio, y lo mismo se presenta esencialmente en la hoja vegetal que en el ala y en otras partes del organismo animal—tráqueas resultan en suma los poros de la piel en los mamíferos —. El pelo y el estómago guardan con los aparatos respiratorios más calificados estrechas analogías, como es sabido.

Admirables son también las relaciones analógicas entre las extremidades animales y las ramas de las cotiledóneas. La analogía fundamental arranca de tronco á tronco; pero diríase que las ramas radiculares ó lucífugas-raíces hacen referencia á las extremidades abdominales ó inferiores del reino animal; y las ramas aéreas ó propiamente dichas, á las torácicas ó superiores de este reino. Y es cosa de ver cómo en los séres más altos de la transición hacia el vertebrado—miriápodos é insectos—ellas buscan por ascensión los anillos del tórax, dejando poco á poco los del vientre, cual si en el lenguaje supernatural del poema sinfónico que secreto ejecuta la madre Naturaleza se nos hablare perpetua y progresivamente de ascensión, de progreso, de *verdadero* y *trascendente desarraigo* de los séres desde el mundo vegetal que yace *placentariamente preso cual un feto de mamífero* en el seno fecundo de la tierra, hasta el mundo zoológico que se liberta por un segundo nacimiento: el que sigue al primer nacimiento que la vida intrauterina simboliza.

Esto es tan cierto que á cuantas descripciones científicas de los *crinoideos,* v. gr., nos haga el naturalista, yo siempre opondré, cual una mera nota resumidora, que ellos son *ekavegetales* desarraigados que ¡oh divino lema de la inmortalidad! han logrado verse dentro ya de un mundo nuevo, por zoológico más excelso, triunfando aun de la muerte misma que como vegetal desarraigado se le imponía. Desarraigado, en efecto, sin tierra, sin aquél su viejo, tradicional y esencialísimo apoyo, estaban

como vegetales condenados irremisiblemente á morir, á desaparecer del mundo de las formas, porque su parte de abajo, sus raíces—su *yo inferior,* que un iniciado diría—, no podían resistir la nueva vida de movimiento propio, luz, aire y celestiales armonías, dulce encanto de aquél su futuro mundo animal..... Mas he aquí que todo cambia trascendido, y que en el seno casto de unas aguas piadosas se recibe á la desarraigada criatura con su antiguo ramaje y sus raicitas, que van á servir para algo nuevo en la vida de un novísimo mundo. De ellas van á formarse, en evones interminables, extremidades ágiles, esbeltas, aptas para reptar, trepar, dar saltos, andar, correr y conseguir, en fin, la facultad del vuelo, que es facultad semidivina.

Yo concibo al mundo vegetal y animal enlazados como una inmensa sinfonía en varios tiempos, como una indefinida serie matemática en la que la Naturaleza, á medida que los siglos y las revoluciones geológicas se suceden, va tomando como un sabio cualquiera más y más términos de la serie para aproximarse á la resultante final de sus destinos. La vieja célula, trasunto del reino mineral, flexible y esférica, riñe su batalla con el vaso, que es su modificación primera en las mal definidas acotiledóneas. El vaso en ellas es algo embrionario, accidental é inseguro; algo que empieza y que en las monocotiledóneas ya está plenamente desarrollado y sistematizado en grupos de hacecillos exteriores. El vaso pasa á fibra, ó como si dijéramos, el antes conducto vegetal pasa á ser un conato de músculo que ha de aportar una activa acción para el crecimiento y una pasiva resistencia para los embates exteriores del nuevo sér—su lucha, su karma, su progreso—. Las fibras forman capas sucesivas en los grandes dicotiledóneos, llevando escritas, gracias á ellas, en sus troncos su cronología vital, su *liber,* como el más experto hierofante, brahman ó egipcio llevar pudo desde el principio sus astronómicas cronologías. El caso es acertar á leerlas. Tales capas son un verdadero sistema de anillado que de lejos se relaciona con el tan característico de los insectos ó *artrópodos,* sólo que por una inversión muy frecuente en las evoluciones—la inversión *cruciforme* ú horizontal-vertical—aquel anillado se desarrolla en un sentido transversal en los arranques de las hojas monocotiledóneas; en otro longitudinal en el líber dicotiledóneo; en un nuevo sentido concéntrico en algunos *equinodermos;* en otro transversal en ciertos anélidos, arácnidos é insec-

tos. El anillado ó sistema de capas sucesivas, determinadas por el crecimiento, responde en todos ellos á una ley histórica de cronología, aunada por sabia economía natural á otra ley de secreción y á otra de progreso y defensa ó adaptación al medio, que quizás no son sino una ley sola más extensa, pues si por su sucesión, á veces indefinida, *hace historia,* por su composición química constituye una verdadera eliminación de elementos nutricios ya inútiles en la que preponderan elementos fosilizadores, cálcicos, sódicos y magnésicos, que se agrupan al exterior para proteger á la albura vegetal y cerrar por el exterior con los vasos de la corteza el sistema circulatorio, mientras que en los animales inferiores la eliminación minero-orgánica ú organoléptica está constituída principalmente por el carbonato de cal que, ora dibuja preciosos cristales minerales, cual los clásicos romboedros y prismas del hielo y de la caliza, ó los tan típicos octaedros de otras sales y bares alcalinas en el esqueleto de los *espongiarios* y otros animalejos marítimos afines, ora forma valvas apenas adheridas al blanducho é inerme cuerpo de los vegetadores moluscos, hasta que tímido se asocia al conjunto corporal como elemento de resistencia en los anillos indefinidos de muchos *anélidos*—valvares también, á veces como el *thecidium,* feísima caricatura de un homúnculus sin brazos ni piernas—, ó brioso toma ya carta de naturaleza en los crustáceos, arácnidos y miriápodos, preludios del insecto y de su notable dermatoesqueleto, que luego, tras las escamas de los peces, el caparazón de los quelonios—racontos de algunos crustáceos y anélidos—es invertido triunfalmente en neuroesqueleto al interior del cuerpo del vertebrado y para proteger la altísima función de su nervio, que pasa de esplanica á raquídea y de mero instrumento de impresiones sensitivas—astrales—á secreto santuario de las primeras manifestaciones de la mente, que tan amplia florescencia tiene en el hombre de nuestros días, prólogo á su vez del superhombre futuro.

¡Y cuán chocante vacilar el de las patas animales y sus predecesoras analógicas en el reino vegetal hasta llegar á la divina mano del *primate* de la Tierra! Tímida bráctea ó apéndice en los mejores acotiledóneos, está malamente representada, más que en brácteas ú hojas, en los tallos-hijuelos que en torno del nudo vital de las monocotiledóneas brotan en verticilo. Las dicotiledóneas arbóreas tienen, como hemos visto ya, á guisa, de

extremidades, ramas y raíces en número indefinido..... Aquí, y doquiera la alta filosofía del número, el profano cree que del *uno* se hace el *muchos;* pero el sabio conoce de sobra que ocurre al revés, y del *muchos,* la evolución triunfante logra el *dos* y el uno, que es como tocar ya en lo trascendente é incognoscible.

Con la indiferencia que todo lo que no es esencial despierta, sufre la planta mutilaciones en su ramaje; su multiplicidad en él es garantía de defensa. Con análoga impasibilidad sufre el anélido—la lombriz común y la tenia—toda suerte de mutilaciones, pronto reparadas, en sus vacilantes anillos. Da lo mismo en esencia tener cien ramas que ciento una; lo mismo que en alta sociología es igual dos mil dos que dos mil pueblos, ya que lo esencial no es la cantidad en sí, sino la cantidad calificada y orgánica ó típicamente definida..... Diríase que aquel anélido no es un sér *per se,* sino un conjunto, un *pêle mêle* de séres soldados cual los individuos cristalinos de una roca; pero este fenómeno, baladí en apariencia, nos viene á enseñar dos verdades á cual más profunda: una, que toda primera generación es por yemas, esquejes ó segmentos—ni más ni menos que como H. P. Blavatsky nos dice que se generaron los séres de la segunda raza-raíz antes de su hermafroditismo y separación de sexos—; otra enseñanza es que nuestro concepto de *individuo vital* es una despreciable grosería que debe ser pronto desterrada de la ciencia, pues en un universo, toda integración y toda síntesis, cada sér no es más que un acorde de notas dadas por séres inferiores que él reune y condiciona, y cada nota de este acorde un conjunto orquestal en sí de tónicas y armónicos, según en música nos demostrara Helmoltz; una cadena de otros eslabones, conjunto orgánico que no podía escaparse á la aguda penetración de superhombres como un Crookes, un Spencer, un Leibnitz, un Newton y un Franz Hartmann.

¿Qué naturalista puede negar ya el fenómeno de la vida dentro de la vida de otra vida que hace de cada sér un perfecto parásito ó un entozooario perfecto de séres superiores?

Ved, en efecto, á la Tierra viviendo más ó menos parasitariamente de los materiales etéreos y vitales efluvios del Sol. Ved al yo humano, á la humana esencia gobernando á un vastísimo imperio de voliciones, sentimientos, ideas, deseos, impresiones y cosas físicas; ved su propio cuerpo, que es un admirable conjunto de sistemas que hasta cierto punto han sacri-

ficado parte de su vital independencia en aras de la solidaridad superior de su organización.

Será ilusión, sin duda; pero yo sigo viendo al mundo vegetal y animal en el hombre como en la propia corteza de la Tierra. Yo hallo en su intestino infinitos anélidos que viven en él como el pez vive en el agua. Yo hallo en su sangre—y un ilustre publicista médico me lo ha poetizado—traidoras *cancerosas* y heróicos *leucocitos* que riñen batalla sempiterna para que el fiel de la balanza oscile siempre entre la muerte y la vida. Yo sé que pasa algo que no es para explicado de prisa, en el bazo y en el hígado, algo así como una mortandad muy grande y continua de células-séres de la sangre y la linfa. Yo veo á una y otra circular como savias por sus sistemas, que son verdaderos ramajes, con ramas acrobias y raíces casi ancrobias, que á tales extremos de premura de expresión me lleva el considerar la circulación arterial ó la venosa. Yo veo esas misteriosas glándulas supravenal, tiróidea, pineal, pituitaria, etc., esparciendo, cual los buenos pensamientos y nobles acciones en la Tierra, auras juveniles de vida y lozanía. Yo veo vitales y mortales corpúsculos animados—un mundo animal y minero-vegetal en pleno—en todos los humores orgánicos, sangre, linfa, semen, saliva, bilis, jugo gástrico y hasta ese psico-físico jugo de las lágrimas. Yo veo, para no cansar más, un mundo de monocotiledóneas en los músculos y de dicotiledóneas incomparables en las células nerviosas, pues la última impresión que se saca del concienzudo estudio de la histología es la de que neuronas y células sensitivas y motrices, cerebrales, cerebelares, medulares y simpáticas, son, en su conjunto, tropicales vegetaciones de árboles microscópicos, con su caule, ramas y raíces, flotando en un ambiente superior al mismo seno marítimo, y donde tales vegetales ultrapequeñísimos, adecuados á la escala del mundo que habitan, y *raconto* quizás de ekavegetales, formas revestidoras de nuestra mónada sintética en un ayer, por lo lejano nebulosísimo, yacen y viven agrupados en múltiples pisos, nutriéndose, más que por ruda continuidad, por finísimo contacto de hilos telegráficos, y aun por los más finos ultracontactos de la inducción electronerviosa.

Cada célula, en especial la célula que integra al nervio, es, cuando no un árbol, un verdadero infusorio ó anélido. Su piel, porosa y elástica, está constituída por la cubierta celular, cor-

teza recubridora de un flúido interior, como la que algunos geólogos creen que recubre la masa pastosa de las entrañas de la Tierra. Aquélla, en efecto, está formada por capas que el desarrollo sucesivo ha yuxtapuesto. Por esa piel respira la célula y acaso trasuda ureidos y otras moléculas de reacción ácida que luego, en conjunto, son eliminadas en la orina. Un núcleo, una verdadera pila de Volta, de pares alternados de linina y nucleina, un *vermes,* en fin—, cual el miriápodo *gomeris orlando* ó cochinilla de la humedad, á veces enrollado sobre sí mismo como éste se enrolla—, constituye el minúsculo sistema central ó inervador de aquélla, con uno ó varios nucleolos, senos de su átomo permanente. Una serie de vasos entrecruzados, que por estos días comienza á descubrir Cajal, irradia del centro á la periferia, determinando una á modo de circulación sanguínea por entre el medio flúido, que las rodea y empapa cual en verdadera linfa de protagón, lecitinas y otros compuestos cuaternarios de complejísima contextura molecular, apenas atisbada por nuestra actual química biológica. Tal es la célula en cuestión; sus variedades de cortas y largas, de células psíquicas, neuronas, etc., son otros tantos temas morfológicos que á un futuro naturalista de lo infinitamente pequeño las haría llevar, cuál á los anélidos estrellados, á los acantocéfalos ó á los planáridos tubelarios, cuál á los rizópodos y radiolarios, cuál á verdaderos órdenes de dicotiledóneos..... ¡Y todo este argumento prodigioso, entrevisto á la primera ojeada de una ciencia que empieza, y en unos mundículos que en lugar de los miles de leguas del radio terrestre tienen por medidas de sus ejes mayores de siete á setenta *micrones* ó milésimas de milímetro! ¿Quién sondará jamás los límites macroscópicos y microscópicos á que alcanza el eterno repetirse de los musicales y numéricos motivos que integran á la vida.....? Adoremos en silencio tanta y tanta sublimidad consoladora.

....

....

En verdad que los anillos como las capas, las extremidades como las ramas, el dermatoesqueleto como las cortezas y cutículas, la disposición de los elementos fibrilares y nerviosos, y la forma exterior del cuerpo, son otras tantas claves del gran misterio de las organizaciones. En cuanto á las secreciones, su misterio también es inmenso; la tiroidina y la adrenalina, jugo ex-

traído de sus glándulas respectivas, están operando en terapéutica una verdadera revolución; su acción curativa es tan fina, su energía tan intensa como la del más expansivo fermento. Su influencia es, pudiera decirse, más etérea que física introductora, más que de substancia de flúidos, cual los de la física. Quien quiera meditar que estudie los novísimos descubrimientos sobre el particular, que desgraciadamente no caben en estas rápidas enunciaciones.

Las funciones digestiva, circulatoria, muscular é inervadora yacen casi confundidas en las plantas. Verdaderos parásitos de la corteza terrestre, se nutren de jugos directamente elaborados por ésta, gracias á las corrientes capilares de oxígeno, agua, nitrógeno, sales, electricidad, calórico y magnetismo del subsuelo. Que se operen hondas modificaciones en los chupadores radicales ó en el resto de la planta con la circulación de todas estas substancias y flúidos, no parece discutible dada la infinita variedad de su savia ó jugos. Pero difícil le es al naturalista hallar en el vegetal algún asomo de la víscera animal por excelencia: el estómago.

Ya en las plantas cazadoras, v. gr., el atrapamoscas, cierto jugo gástrico, ácido segregado por la superficie de la hoja apresadora, opera verdadera digestión y asimilación de la víctima. En los animales viene á oficiar el estómago á guisa de *un tercer cotiledón,* ya que ni sirve para la respiración aérea, misión que al desarrollarse han de llenar los cotiledones para ramas, ni tampoco para la absorción directa, aunque electiva, de los jugos terrestres, sin previas alteraciones químicas que parece ser la misión de los cotiledones de raíces. Es, pues, el estómago—sigamos el símil—el verdadero cotiledón emancipador. Un sér provisto del más ínfimo rudimento de él ya no necesita de terrestres y perpetuas adherencias para nutrirse y puede flotar en aquellas piadosas aguas ya citadas como un sér relativamente libre.

En los primeros infusorios, el tubo digestivo es un mero repliegue, embudo ó vórtice, y de aquí viene el típico nombre de las vorticelas, quienes merced á los pelitos vitrátiles, extraños labios en verdad, determinan un remolino en donde penetra el agua con algunas pobres substancias en suspensión, que son todo el alimento del animalejo, de ese verdadero colodión organizado. Son de ver las bocas-anos en el vientre de ciertos anéli-

dos anillados y sus vasos intestinos, reversibles como un guante, para apresar á sus víctimas. La función digestiva en séres más elevados ya se comparte entre el estómago y el hígado, adquiriendo éste, como es sabido, tales desarrollos en el molusco, que algunos han sido gráficamente resumidos por alguien como una admirable *total* é inconsciente máquina de digerir—el niño, en su primera edad, nos le definen los médicos como una entidad que casi vive sólo en sus dos sistemas nervioso y digestivo—. Con ellos van siempre un núcleo, futuro corazón acaso y una vesícula secretora pseudorenal.

Otro no menos curioso detalle de los séres embrionarios es la confusión de funciones; la sárcoda de Dujardin forma la más elemental de la vida orgánica, contiene en sus células rudimentarias y uniformes el resumen completo de toda función ulterior, es algo que asimila, que mantiene circulación, que es excitable ó *nervioso* y, en suma, que realiza funciones complejísimas verdaderamente admirables dentro de su misma simplicidad. En ellas diríase que lo psíquico triunfa de lo físico, cual acontece en otro orden de ideas en los hombres muy evolucionados. Como es el final es el principio.

Las extremidades del animal diríase que encierran todo un poema numérico. Desde el número indefinido de las ramas del vegetal pasa al no menos múltiple de los *rizópodos* y *crinoideos;* ellas definen por primera vez el simbólico *seis-siete* de los *astéridos* y el vago *dos* de los tenues zarcillos de algunos acalefos. El seis-siete retorna en alguno de los equinoideos; luego, tras muchas vacilaciones, vienen otras notas más vigorosas del número de extremidades: cuatro pares de ordinario en los crustáceos más típicos; cinco en algunos de ellos y en los arácnidos hasta triunfar definitivamente en las tres dobles patas del astrópodo, asentadas en los anillos torácicos; pero para llegar á ello ha sido antes preciso el anillado indefinido y vacilante de los *anélidos,* con apéndices más ó menos concretos; los pies abdominales de los *anfípodos,* y las mudas, cada una con un par de patas de los *miriápodos*. Esta numérica sinfonía termina en los vertebrados con las variables aletas de los peces, con los ápodos ofidios y con el par de extremidades torácicas y el par de abdominales en quelonios, saurios y mamíferos. Algo hay, no obstante, en la articulación del húmero con el omoplato y la clavícula, y en el tercer hueso coracoide de las aves que albora el

tercer par de extremidades: el del sér volado, no desprovisto de manos, sin embargo, como lo está el ave. Sér acaso soñado por todos los artistas en sus fantasías sobre los ángeles, vagos niño-hombres-mujeres-genios—que de todo tienen un rasgo—. Sér aún no invenido, que será corona y apoteosis de la longuísima evolución de las formas.

El inestudiado prodigio de las metamorfosis vegetales y animales, capítulo aparte merece; capítulo más digno de ser cantado por un segundo Ovidio, que las singulares metamorfosis de los dioses mismos.

M. ROSO DE LUNA

ORACIÓN Á LA PALMERA

¡Árbol del sol! ¡Árbol de Oriente! ¡Espíritu del árbol! ¡Penacho de verdor! ¡Amigo del desierto! ¡Guía del caminante! Bendito seas, y benditos los pueblos que amparas con tu sombra.

Déjame contemplarte en la llanura, allá en el fondo, cerca de las rosadas nubes que se deslizan sobre tu copa, é ir hacia ti. Déjame reposar á tu sombra.

Tú eres el único árbol que ama, sin que la impureza de los labios manche el verde de tus hojas. Tú envías los besos en polen, y tu amor, como las canciones, las lleva el aire cupidinesco. Tú amas velando como los ángeles. Tú te fecundas en las nubes, en el viento, en todo cuanto hay de más puro que la tierra, y por eso es tu fruto de oro, y es dulce y es ligero y se cría en cuna de gloria.

Tú, palmera, nunca miras hacia abajo, á la tierra: siempre va alto tu mirar. Desovillándote como las flores, te vas destrenzando y subiendo, subiendo como un minarete, siempre con la mirada abierta á la azulina bóveda del cielo ó á las irisaciones brillantes de la llanura.

Tú, palmera, eres la amiga de los profetas; como ellos te elevas solemnemente y contemplas la planicie hasta el fondo, y como ellos presientes lo porvenir, adivinando las tristezas que la humanidad prepara, y vas apuntando las centurias en el rosado de tu tronco, como el reloj de los bosques. ¡Tú te apiadas de los sufrimientos de los hombres tejiendo las palmas de los mártires! ¡Tú eres la adorada de los artistas que esperan ser coronados por ti, y como ellos buscas la belleza! ¡Tú eres la palma de la victoria, la hija querida del sol, y eres un suspiro y eres un símbolo, y allí donde encuentras la luz allí tienes la patria!

¡Imitemos al árbol sagrado! ¡Tengamos la claridad por patria, el azul por dosel, y apuntando al sufrir de los años, miremos á lo alto! ¡como ella!

Santiago RUSIÑOL

APOLONIO EN ESPAÑA

Es el debatido punto de la estancia de Apolonio en España uno de los más obscuros é interesantes de la vida del gran filósofo.

Apolonio fué un gran viajero, un constante é infatigable peregrino. Andar, andar ha sido siempre la gran nota característica de todos los caballeros de la verdad. La verdad ha sido siempre lo que va delante. *¿Quid est veritas?* preguntó Pilatos á Jesús; y Jesús le dió la respuesta andando (1), porque la verdad, como han visto los más grandes inquiridores de lo oculto, *est vir qui adest*. Un hombre que anda, que anda perpetuamente delante de los hombres (2).

Y así es. Los mejores pensamientos son aquellos que surgen andando (3); los que van delante de los hombres como guías invisibles haciéndolos trazar esos caminos diversos que son, como decía Novalis, «una escritura cifrada que se encuentra en todas partes» (4). Si el maestro, si el iniciado, si el entusiasta, y el mismo enamorado de la verdad, no anduvieran, ¿cómo habían de llegar al absoluto y definitivo reposo? Ved los grandes viajeros y veréis cómo la verdad, la única verdad, les guía. Buddha, Confucio, Pitágoras, Jesús, todos los grandes viajeros han sido guiados por la verdad. ¡Ah! Si no han llegado todos á un término más feliz de su viaje es porque no lo hemos visto, y porque los hombres creen que sólo los que merecen su simpatía son los únicos que no se han extraviado en el camino.

La enseñanza y la predicación de esos hombres no hubiera

---

(1) Juan, XVIII, 38.

(2) Da la casualidad que la pregunta latina de Pilatos es un anagrama de la respuesta mímica que da Jesús, y así ha sido notado por alguien. Esta casualidad «es puramente casual», pero no por eso menos profunda y de menor interés.

(3) F. Nietzsche.—*El crepúsculo de los ídolos.*

(4) Novalis.—*Los discípulos en Sais.*

podido hacerse si se hubieran estacionado en algún punto. Así, todos los grandes maestros y los mejores discípulos de todas las escuelas han vivido al aire libre, viajando y paseando por todas partes. Un naufragio ó una sorpresa en el camino es el episodio inevitable en la vida de los grandes filósofos y maestros. Es la prueba á que tienen que someterse. Los que han viajado menos han tenido que bordear una hora todas las tardes su aldea ó su ciudad, sirviendo á la verdad, á pesar suyo, con ese viaje tan largo y al mismo tiempo tan corto y tan uniforme, porque es siempre igual; un andar sobre las mismas huellas, como el lendel que trazaba alrededor de una noria Sansón, ciego, condenado á sacar agua en su pena de esclavitud.

El gabinete ha suprimido muchos viajes, pero no ha concluído con la *promenade philosophique*. Kant compró una casita en las afueras de Koenigsberg para llegar hasta ella todos los atardeceres. Y aun en ese viaje tan corto, tan reducido, se cayó una vez al ofrecer una rosa á dos señoras.

Los que han viajado menos, como un Ruysbroeck, y acaso un Kempis, han tenido que lanzar su obra y su verdad contra el curso natural que la verdad exige: arrastrándola tras sí, en vez de ser arrastrados por ella, como un Pablo de Tarso, una andariega de Avila, ó el viajante y explorador incansable, como «El Amín», el gran Mahoma, el verídico entre todos los verídicos del desierto. Todos los hombres simbólicos, los *representative men,* han andado y anduvieron en todas las direcciones y orientaciones de la tierra. La obra de Bunyan, *The Pilgrim's Progress,* inocente y profunda al mismo tiempo, nos dice cómo se sirve á la verdad andando.

Andar, andar; hay que andar.

Apolonio viajó, viajó mucho y no dejó de visitar uno solo de los puntos que debía recorrer prosiguiendo á su guía invisible. Fué á la India, donde recogió toda su ciencia, bebiendo en la copa de Tántalo, confortante como el «cáliz de la amargura» contra el desmayo del espíritu. Visitó Egipto, Italia, toda la Grecia, el Norte de África y llegó á España.

Este viaje ha sido negado, porque refiriendo Filostrato la estancia de Apolonio, según lo que pudo saber de ella por las *Memorias* de Damis, dice que los distantes moradores de Cádiz eran unas gentes que jamás habían asistido á una tragedia ni á un concurso de cítara (V, 8), porque cuenta que los habitantes

de Hipolo, seguramente Sevilla, no pudieron por menos de asustarse durante la representación de una tragedia, celebrando la victoria de Nerón en los juegos pitios, cuando vieron á un actor «andar á grandes pasos, erguirse sobre los coturnos, abrir una gran boca y envolverse en una gran capa» (V, 9).

¿Cómo ha de creerse tal cosa—se ha dicho por un erudito español—, tratándose de la Bética, una región del todo *romanizada?* (1).

Hoy están modernizadas todas las provincias españolas, y á pesar de ello en algunos sitios, Las Hurdes, Las Batuecas, La Bureba y en muchos puntos del Pirineo, no pasaría algo muy diferente, porque siempre hay gentes lejos de Cádiz. Habría que saber cómo estaba romanizada la Bética en los tiempos de Nerón, y en qué consistía la romanización de las colonias y provincias romanas. Es verdad que había entre los túrdulos, por ejemplo, oradores y artistas, ya que Metelo llevó algunos consigo á Roma; que las bailarinas de Cádiz eran conocidas y estimadas de los romanos, siendo la *puella gaditana* en aquellos días algo semejante á la geisa japonesa; que España había dado al mundo un Junio Higino, un Séneca, un Lucano, un Cornuto y mil hombres eminentes de positivo valer; pero no podemos decir que aprendieran aquí, que brillaran en España. Aquí no hicieron más que nacer.

Las representaciones dramáticas no se prodigaban tanto como puede suponerse hoy por quien siente semejante exigencia estética. Eran muy diferentes de lo que hoy vemos, y desde luego, si algunas hubo en España, fuera de las que pudieron celebrar los griegos y los romanos, que no las darían en todas partes, es indudable que no tendrían el *atrezzo* griego ó el romano. No es de admirar que un pueblo como Sevilla—se supone que es Sevilla la Hipola de Filostrato—se asustara viendo á un actor abrir la boca descomunal de su *persona,* de aquella careta escénica que debía ponerse para desempeñar su papel, ni menos aún viéndole recorrer la escena remedando la iracundia ó la arrogancia neroniana. La cosa no tiene nada de particular; la cultura y la inocencia del público nos son menos conocidas que la habilidad del actor en cuestión, según lo que del mismo se

(1) MENÉNDEZ PELAYO, *Historia de los heterodoxos españoles.*—I, pág. 251. Madrid, 1880.

dice. Los teatros no eran frecuentes. «La generalidad serían teatros provisionales y de circunstancias, levantados apresuradamente con césped y ramas de árboles, como era costumbre en las ciudades de Italia.» *Herbosa theatra*, que dice Juvenal (*sátira III*), como apunta entre nosotros una buena autoridad en la materia (1).

El hecho, por lo demás, es insignificante, nimio; apoyarse en él para deducir la no estancia de Apolonio en España es querer negarla. Tanto valdría, por lo que puede hallarse de erróneo y exagerado en casi todos esos libros de allende el Pirineo, uniformemente titulados *Voyage dans l'Espagne*, negar que sus autores han pasado la frontera.

En lo esencial, como es en el caso la información religiosa de España, Apolonio no desmiente ninguna de las noticias que poseemos sobre el asunto, y son únicamente de Filostrato, como puede verse en el texto, las notas referentes á la fábula sobre el orto y el ocaso del sol en las aguas de Cádiz (V, 3).

Es más; conocido el carácter y propósito de reforma que animaba á Apolonio, su viaje á España es perfectamente verosímil y casi necesario. No hubiera venido únicamente huyendo de Nerón; podía haberse detenido en cualquier punto de la costa levantina sin necesidad de pasar el estrecho de Gibraltar. Pero Apolonio no se detiene en Creus, ni en Rosas, ni en Ampurias, ni en Denia, ni en Cartagena, donde había podido hacerlo, y donde la indiscutible existencia de templos y santuarios consagrados á diversas divinidades podían reclamarle para la reforma. Apolonio va á Cádiz, y fué natural y obligado semejante viaje. La existencia en Cádiz del templo de Hércules y la naturaleza excepcional de su culto, debían reclamarle con verdadero apremio. El culto gaditano tenía muchas semejanzas con el culto ideal que perseguía Apolonio.

«Los sacerdotes del templo gaditano vivían conventualmente, observaban el celibato, iban descalzos, tonsurada la cabeza; delante de los altares, su vestidura era toda de blanco lino pelusiano, sin mezcla de lana, y consistía en una túnica larga y una mitra ó tocado del mismo color; para ofrecer el incienso se

(1) J. Costa, *Poesía popular española y mitología y literatura celtohispanas*, pág. 441.—Madrid, 1881.

descenían, dejando ver una capa de púrpura como el litaclavo» (1).

El templo no tenía imágenes, ni siquiera la del propio Hércules. Cerca de Cádiz había más templos; en un extremo uno consagrado á Saturno, y en la isla Erythia otro dedicado á Venus marina, que fué un oráculo reputadísimo en la época.

La venida de Apolonio á la Península no estará «positivamente» demostrada; pero tiene fundamentos más sólidos su posibilidad que las visitas de Santiago y Pablo, que han venido aceptándose por tradición sobre testimonios menos seguros y admisibles.

Se niega el viaje de Apolonio, y se le reconoce, sin embargo, como revolucionario, porque al despedirse del gobernador de la Bética le dice: «Acordáos de Víndex»—Julio Vindice, el gobernador de las Galias que se sublevó contra Nerón.

No es lo último que se ha dicho contra Apolonio.

Se ha indicado que no dejó un discípulo en España, y que su influencia fué nula en la marcha y sucesión del pensamiento político, social y religioso de la Península. No conozco, en verdad, ningún discípulo de Apolonio; pero yo dudo que Prisciliano hubiera alcanzado tanta importancia sin el «viaje supuesto» del Tyaneo.

No tuvo, efectivamente, Apolonio discípulos en España; pero andando el tiempo, destrozada su vida, sin vulgarizarse nunca, no dejó de leerse la obra de Filostrato.

No se ha vertido aún, que yo sepa, al castellano; pero esto no arguye ignorancia, sino más bien un público de lectores más escogido y culto que el que pudiera tener vulgarizado en esos tomos de peseta.

Sería curioso y por demás interesante seguir hasta donde fuera posible las varias generaciones de lectores españoles que ha tenido la «Vida de Apolonio». Hay rastros seguros y huellas muy marcadas de su paso en no pocos ingenios castellanos. La genealogía de sus lectores puede seguirse, por ejemplo, desde una fecha muy próxima á la polémica de Eusebio contra Hierocles, hasta otras no muy lejos de nuestros días. En lo futuro, dada la decadencia entre nosotros de los estudios clásicos y lo arraigados que se dejan en el ánimo de los jóvenes los pre-

(1) J. Costa, obra citada, pág. 374.

juicios más antiguos sobre el saber olvidado y las ciencias perdidas, esa empresa será más difícil. La influencia será, como ya viene siendo desde hace cuatro siglos, puramente segunda, no sobre el texto de Filostrato, sino sobre los últimos influídos por los primeros que recibieron tal influencia.

¿Quiénes pudieron leer en España la «Vida de Apolonio? En general, los que pueden señalarse como más ó menos afectos al pitagorismo, porque siendo muy reducidas las «autoridades» pitagóricas es verosímil que cayesen sobre la obra de Filostrato cuantos quisieron conocer la doctrina.

Hay episodios de la «Vida de Apolonio» que si ésta se hubiera perdido acusarían, si no claramente su existencia, sí un origen común de la fábula ó la inspiración de los incidentes.

Para mí tengo por seguro que consignándose en la obra de Filostrato, por primera vez para nosotros, cierta clase de fenómenos psíquicos, de medianimidad y adivinación, todos los que se atribuyen como auténticos en las vidas y en los hechos de algunos españoles ilustres, y que peritivamente son falsos y fabulosos, se deben por modo exclusivo al conocimiento del peregrino libro del retórico griego. En la vida legendaria de Isidoro de Sevilla, en algunos *Ejemplos* del Infante D. Juan Manuel, en la vida de Raimundo Lull, en la del Marqués de Villena, Arnaldo de Vilanova y en no pocos relatos piadosos de algunas vidas de santos españoles, se puede comprobar esa huella, unas veces directa y otras secundaria, cuando la cultura del escritor carece de suficiente conocimiento clásico.

Las obras de Filostrato, Jámblico y Proclo no fueron además las menos citadas entre nosotros, y gozaron de tanta autoridad en ciertas materias como la de Plinio en asuntos de ciencias naturales.

Un recuerdo muy vago, pero no tanto que no permita establecer su filiación, de la «Vida de Apolonio», lo tenemos, más que en ningún otro ejemplo más perfecto en la vida legendaria del famoso licenciado Torralba, el gran Fausto de nuestra España del siglo XVI. El licenciado Torralba, en su vida externa, repite uno por uno los episodios más sugestivos de la «Vida de Apolonio», y es un Apolonio de Tyana adaptado á las circunstancias cristianas y católicas de la simplicidad de Cuenca—la simplicidad de España, del pueblo español—en aquella época.

El hecho fué bastante notorio y dejó una huella muy profunda en la concepción de lo maravilloso entre nosotros. Torralba llegó á ser ejemplar y un término comparativo corriente. Cervantes lo recuerda un momento en su *Quijote* (1) como pudiera citarse la última diferencia de lo maravilloso. Pero en Cervantes, además de observarse un conocimiento directo de Apolonio en la novela *El Licenciado Vidriera,* se ha querido verlo más profundo y directo en el propio «Don Quijote», que para alguien se ha ofrecido como una parodia (!) de la vida de Apolonio por Filostrato.

Este punto de vista del abate Freppel (en su *Cours d'eloquence sacrée),* resucitado en nuestros días, es lo que motiva una actitud más piadosa en los descendientes y continuadores del bando de Eusebio en esta polémica al parecer inextinguible, aunque menos ventilada en nuestro tiempo.

Entre tanto, dejando á los hombres que disputen lo que les pueda parecer disputable, esperando un descanso más grande que el que ahora disfrutamos al trazar estas líneas, para volver sobre los datos y documentos referentes á la estancia de Apolonio en la Península, hacemos nuestras las últimas palabras de la obra de Mr. Mead, consagrada á estudiar la vida de este maestro:

«Por mi parte, yo bendigo su memoria y me complazco en recordarla como lo hago.»

Rafael URBANO

---

(1) «No hagas tal, respondió Don Quijote, y acuérdate del verdadero cuento del del licenciado Torralba, á quien llevaron los diablos en volandas por el aire caballero en una caña, cerrados los ojos, y en doce horas llegó á Roma, y se apeó en Torre de Nona, que es una calle de la ciudad, y vió todo el fracaso y asalto y muerte de Borbón, y por la mañana ya estaba de vuelta en Madrid, donde dió cuenta de todo lo que había visto.....» *El Ingenioso Hidalgo*. Pat. II, cap. XLI.

Si un hombre es desgraciado, lo es por culpa suya, pues Dios hizo á todos los hombres para ser felices.

Epicteto.

MOVIMIENTO TEOSÓFICO

Sociedad Teosófica. Sección oficial.

Debido al distinguido puesto y popularidad que por sus trabajos literarios había conquistado entre los estudiantes de Teosofía Mr. C. W. Leadbeater, creemos necesario comunicar á los miembros de la Sociedad Teosófica la resolución tomada por nuestro Presidente, el coronel H. S. Olcott. La comunicación que nos ha sido remitida dice así:

Noticia ejecutiva.

SOCIEDAD TEOSÓFICA

Oficina del Presidente. París.
17 Mayo de 1906.

Habiendo proferido graves cargos el Comité ejecutivo de la Sección Americana de la S. T. contra Mr. C. W. Leadbeater, el Presidente fundador fué convocado á un *meeting* en Londres el 16 de Mayo por un Consejo consultivo, compuesto del Comité ejecutivo de la Sección británica y Delegados de las Secciones francesa y americana, para consultar con él la determinación mejor que en tal caso se había de tomar.

Después de una escrupulosa apreciación de los cargos, y habiendo escuchado las explicaciones verbales de Mr. Leadbeater, fué adoptada la siguiente resolución:

«Habiendo apreciado ciertos cargos presentados contra C. W. Leadbeater, y habiendo oído sus explicaciones, el Comité recomienda por unanimidad sea aceptada por el Presidente

fundador la renuncia de Mr. Leadbeater, presentada con anterioridad á la decisión del Comité.»

Habiendo cesado de pertenecer Mr. C. W. Leadbeater á la Sociedad Teosófica, su nombramiento como Delegado presidencial ha sido dejado sin efecto.

H. S. OLCOTT
P. T. S.

Manuel Treviño,
Secretario de la Rama de Madrid.

*** En los primeros días del presente mes saldrá para Asunción, capital del Paraguay, nuestro amigo y hermano D. Viriato Díaz Pérez, Director que ha sido de SOPHIA.

La ausencia de nuestro amigo no quiere decir que le perdamos para siempre. Desde la capital paraguaya nos enviará sus trabajos é informaciones, los que uniéndonos más con él, le unirán también con nuestros lectores.

Cualquiera que sea el destino de nuestro amigo, sepa que no hay distancias entre los hombres que tienen por primer principio la fraternidad.

*** Tan pronto como terminemos los trabajos que constituyen una serie, ofrecemos á nuestros lectores una obra interesante de la ciencia judía-española, el *Cuzari,* del célebre Judá-Halevy, á la que seguirá *Los diálogos del amor,* de Leen Hebreo, vertida al castellano por el Inca Garcilaso.

* * *

Los pitagóricos encargaban que bien de mañana mirásemos al cielo, para que haciendo memoria de aquellas substancias que siempre siguen un mismo curso y concluyen de una misma manera su obra, nos acordásemos de su orden, pureza y desnudez; porque los astros no tienen velo alguno con que cubrirse.

Marco Aurelio.

BIBLIOGRAFÍA

Dr. Th. Pascal. — *Ensayo sobre la evolución humana.* — Traducido del francés por J. S. P.—1 vol. Biblioteca Orientalista (Tapinería, 24, Barcelona). R. Maynadé.

Para los habituales lectores de nuestra revista es sobrado conocido el nombre del Dr. Th. Pascal, Presidente de la Sección Francesa de la Sociedad Teosófica. Algunos trabajos suyos han sido publicados en SOPHIA y le han dado á conocer entre nosotros. Sus célebres *Conferencias teosóficas* dadas en la Universidad de Ginebra en 1900 sustituyendo á Annie Besant, traducidas al castellano por nuestro amigo D. José Xifré, han difundido también por la naturaleza de su publicación las enseñanzas del ilustre médico francés.

La obra que nos ocupa en este instante es una de las más sólidas y hermosas que han salido de la pluma del Dr. Pascal, y constituye un libro no ya sólo precioso y recomendable por su claridad y su método, sino una obra de la mayor necesidad para el buen estudiante de Teosofía.

Las páginas consagradas, por ejemplo, á las pruebas de la existencia del cuerpo astral y las notas referentes al sueño, quedarán como clásicas en esta clase de estudios y se consultarán siempre con provechoso y aprovechable fruto. La contestación que el Dr. Pascal da á la objeción tan frecuentemente formulada acerca del olvido del pasado, arroja mucha luz sobre tan interesante problema, y siendo este extremo el último ofrecido en esta obra, la impresión agradable que deja en el lector decide del ánimo que vacila.

El modesto traductor, que se oculta tras las iniciales de su nombre, es un hermano nuestro cuyo nombre no hemos de revelar por no herir su modestia, pero á quien sí hemos de testimoniar desde aquí nuestro reconocimiento más grande por el gran servicio que ha prestado á la Verdad difundiendo por su versión una obra tan interesante.

R. U.

G. R. S. Mead.—*Apolonio de Tyana.*—Versión directa del inglés, por Rafael Urbano.—1 vol. Biblioteca Orientalista, Tapinería, 24, Barcelona. R. Maynadé y Juan Torrens y Coral, Paseo del Triunfo, 4, Barcelona. San Martín.

Este magnífico estudio de Mr. Mead es, como se dice en la portada del mismo, un «estudio crítico del único relato existente» de la vida de Apolonio.

Así es, pero Mr. Mead no se limita á seguir paso á paso el relato de Filostrato, sino que poniendo á contribución el poderoso esfuerzo de su sentido crítico, llega á ofrecernos las suficientes indicaciones para que nos hagamos cada uno *nuestro verdadero Apolonio,* siempre infinitamente superior al Apolonio de la leyenda, y al Apolonio que puede reconstruirse con los datos históricos únicamente.

Uno de los grandes valores de esta obra es esta que señalamos y que no sabemos si habrá sido señalada antes de ahora. Que la obra de Mr. Mead es un ejemplo de cómo hemos de hacernos la historia, mejor aún, de cómo hemos de hacernos la biografía de cualquiera. Con amor, con ciencia, con crítica, con fe y justicia.

Hay además en esta obra la manifestación de un extremo por demás controvertido y del mayor interés: la posible influencia del pensamiento indo en Grecia. Influencia segura, positiva y cierta, hoy menos negada que cuando Mr. Mead publicó su obra hace cinco años.

U. G.

José Antich.—*Andrógino.*—Poema, 2.ª edición, Henrich y Compañía, Barcelona.

Santiago Valentí Camp, que prologa esta segunda edición, ha definido mejor que ningún otro crítico el valor y el carácter de esta obra diciendo que es «el poema de la Unidad.» Y esta declaración que puede parecer así á primera vista una afirmación vaga, es, si bien se mira, la verdadera definición del poema del Sr. Antich.

El análisis de este trabajo no es para hacerlo en los cortos renglones concedidos á una nota bibliográfica, y en espera de mejor ocasión para ello, no podemos hacer otra cosa por ahora que recomendarlo á nuestros lectores. Se trata de una de las producciones más discutibles de nuestra juventud sobre la cual han caído los juicios y las opiniones más apasionadas y contradictorias, contribuído á ello la novedad de la forma, que como la de

Nietzsche en nuestros días y la de Lamennais en otro tiempo, ha sido considerada como una parodia de la Biblia. A ese mismo desconocimiento de los que tal juzgan ha de añadirse el hinduismo que palpita en toda la obra, para el que no se encuentran desgraciadamente muy preparados ciertos espíritus. Pero por encima de estas oposiciones el poema del Sr. Artich ha alcanzado en muy corto espacio de tiempo dos ediciones. La explicación de esta contradicción en el aprecio del público y de la crítica acerca de esta obra sólo puede hallarse estudiándola detenidamente. Esto es lo que formalmente prometo para un próximo día, porque realmente es del mayor valor y de la mayor tracendencia la obra que nos ocupa. Y juntamente con ella trataremos de *Egoísmo y altruismo* que ha publicado hace unos días el mismo autor.

Rafael Urbano.

Diego Ruiz.—*Elevación al convencimiento (Teoría del acto entusiasta.—Lull maestro de definiciones.—Jesús como voluntad).*—3 vol. Barcelona, Carbonell y Esteva, Rambla de Cataluña, 118.

Diego Ruiz es el joven pensador que ha sustituído en España á Angel Ganivet. El Sr. Ruiz es una de nuestras mejores esperanzas, una esperanza que se va realizando continuamente sin quedarse en los límites de una promesa. El fascículo titulado *Jesús como voluntad* ha de ser muy meditado y muy leído, porque es de lo más original y profundamente religioso que han publicado las prensas españolas, como obra de escritores contemporáneos.

R. U.

Quintín López Gómez.—*Hipnotismo fenomenal y filosófico.*—Barcelona, 1906. Juan Torrents y Coral, Paseo del Triunfo, 4.—1 vol.

El director de *Lumen* ofrece en este libro una información completísima y detallada de la materia que ha escogido para su estudio, y la presenta de un modo tan claro y agradable, que por el método observado hacen recomendable estas páginas para los eternos estudiantes de la naturaleza.

Una de las partes del libro, la que trata principalmente de la aplicación del hipnotismo á la educación, está muy bien desarrollada. La precisión y seguridad con que desarrolla el autor este importante tema recuerda el desarrollo que dió hace años en Francia el malogrado Guyau en su obra *Herencia y educación*, y esa obra, precisamente del gran filósofo francés cuyo

espíritu se ofrece casi siempre como depurativo después de las lecturas de Nietzsche, esa obra precisamente es acaso la mejor de aquel célebre y ya casi olvidado pensador.

Los grabados que adornan á este libro, la información novísima y reciente que sobre el particular ha reunido el Sr. López Gómez, han de contribuir al éxito que justamente debe esperar como premio á su excelente trabajo.

U. G.

Otros libros recibidos.

Arthur Cabuy.—*Cyclisme et philosophie.—Annexe á l' Astscientisme.*

Angel Melitón Ceinos.—*El libro de la Verdad y de la Razón.*



Artes Gráficas. J. Palacios, Arenal, 27.